

Rekarte

JUAN BAS

No había visto nunca un testimonio de primera mano tan demoledor contra la historia de ETA y de su brazo político



La presencia en los medios de comunicación del exmilitante de ETA Iñaki Rekarte ha suscitado posiciones encontradas. Leí dos entrevistas y vi la que le hizo Jordi Évole –me pareció muy buena televisión–. Por lo que he leído después acerca de las mismas, se centra la polémica en la sinceridad o impostura del arrepentimiento de Rekarte. Se apoya la descalificación en que no recordara el nombre de sus víctimas y se le acusa de oportunismo, de que lo que único que pretende es vender el libro que ha publicado. En un reciente artículo, Manuel Montero –un abrazo, Manu– decía que los arrepentidos de ETA se van a convertir en figuras reconocidas y que las víctimas pierden de nuevo. No lo veo así.

No creo que lo más importante de las declaraciones de Rekarte esté en la autenticidad o no de su arrepentimiento. Sí lo es probablemente para lo que fue ETA y sus alrededores, por el desprecio de lo que se arrepiente. Así como la relevancia o no del perdón, que no busca que le exima de culpa porque Rekarte sabe y reconoce que ha vivido y vivirá con ella. El perdón resulta necesario solo para él, para llegar a perdonarse a sí mismo.

Lo valioso de las palabras –y de cada silencio antes de decirlas– de Rekarte, sobre todo en la entrevista televisiva, está para mí en que no había visto nunca un testimonio de primera mano tan demoledor contra la historia de ETA y de su brazo político. Ahí sí que no me cabe una impostura del antiguo etarra que se ha comido 22 años de cárcel, tiene 44, en el trullo se le cayó la venda y se dio cuenta de que todo aquello era una mentira y una abominación. Nada tan demoledor como lo que dijo Rekarte del jefe, Mújica Garmendia, Pakito: un pobre hombre que fuera de ETA no habría sabido hacia donde llevar su vida y un irresponsable criminal que ponía un arma en manos de chavales fanatizados que no tenían ni puta idea y los mandaba a matar. Nada tan demoledor como la consideración de que ETA era una secta y que si los presos hubieran dicho lo que pensaban de verdad, se habría terminado todo antes. Y que los auténticos hombres de guerra, los que han sostenido la continuidad del terrorismo, eran los del brazo político. Rekarte dijo que cuando oía gritar en la calle ETA mátalos, pensaba que era muy fácil ese grito: «Mátalos tú, el que grita, y no te cuesta nada hacerlo».

El testimonio de Rekarte demuestra que ETA y su base ideológica eran aún más primitivas e irracionales de lo que pensábamos. Que en esa pretendida guerra sí hubo vencidos, dos, la propia ETA y la mentira. Y que erradicado el terror de la barbarie, el que el abertzalismo radical, aunque no sea capaz de romper del todo con ese pasado –continuarán pagando en las urnas ese precio–, esté en las instituciones es un triunfo del Estado de Derecho, no del legado de ETA, que es inexistente.